

## Cultura a la contra

### RATAS

Según estadísticas, en Madrid el número de ratas es infinitamente mayor al de hombres. Yo creo que es al revés: que es mucho menor la cantidad de hombres que de ratas. Pues hay muchos hombres que no lo son, y muchas ratas que se distraen de hombres con fines verdaderamente deshonestos: matar, aterrorizar, fastidiar. Matan gente a la salida del cine, por que sí; atacan a los manifestantes de la CNT en el pacífico y soleado primero de mayo, recordando a aquellas otras ratas que asesinaron a otros anarquistas en Chicago otro primero de mayo de luctuosa memoria; convocan manifestaciones agresivas en la plaza del Dos de Mayo, para impedir una de las pocas actividades de auténtica cultura popular que nos quedan, las fiestas del Dos de Mayo. Las ratas reprimen, asesinan y destrozan con toda impunidad. Pueden hacerlo.

Hay ratas de todos los colores, de todos los pelajes: grises, verdes, marrones, azules incluso. Se las puede encontrar en el autobús, en los bares, tomando copas por ahí alegremente —no tienen por qué no estar alegres, cuando todo está de su lado—, o arrazimadas en plazas y cruces de caminos, al acecho de sus víctimas. A veces van armadas, a veces no. Cuando uno intenta defenderse de sus mordeduras, dicen que se las provoca y atacan con furia vesánica. Y, a veces, son ayudadas en su labor de horror, de miedo y miseria por algunos hombres que se confunden, y que las hacen el juego para implantar con mayor fuerza el Cuarto Reich en que ya vivimos.

Cuando uno trata de defenderse, o de reaccionar de algún modo contra las ratas, como ha pasado con los Hijos del Agobio, puede pasar de todo: que se les encarcele, que les cierren sus locales, que les amenacen, que les torturen. Los Hijos del Agobio pretendían buscar una forma de cultura alternativa para una de las zonas de Madrid más desamparadas, la de Vallecas y Palomeras. Allí se vive un auténtico clima de miseria y desamparo, y no solamente cultural. Y cuando se tratan de arreglar las cosas, la represión no se hace esperar. La cultura no interesa para nada a las ratas: las ratas quieren discotecas de brillantes colorines, supermanes y otras monstruosidades de igual calibre. No quieren que los humanos tengamos vida, sino distracciones, para que nos olvidemos de que ellos —los enemigos de la vida— existen. Y los centenares de jóvenes que forman los Hijos del Agobio, los vecinos de Vallecas, no pueden hacer más que manifestarse por sus calles de barro y tratar de llamar la atención a otros colegas en la represión y el agobio que a todos nos acosa. No creo que consigan nada; no creo que nadie consiga nada, porque el uso del rati-cida está prohibido.

Las películas de ciencia-ficción nos hablan con horror de una inminente rebelión de esos roedores, habitantes de las alcantarillas, que tanto miedo y asco dan. A mí las ratas "underground" no me preocupan tanto. Me dan mucho más miedo —y asco también, por supuesto— las que andan en dos pies, van en cochecitos blancos, se pavonean alegremente por encima del asfalto, no por debajo, y nos agreden. La rebelión de las ratas empezó hace mucho tiempo, hace miles de años, y ellas la ganaron. O tal vez no sean ratas, sino extraterrestres, quienes nos dominan. Da igual la nomenclatura: el caso es que estamos ocupados. Hasta que estallen las centrales nucleares y muramos todos. Pero no como ratas, sino por su causa. ■ EDUARDO HARO IBARS.

al continuo juego de evadir la realidad, no encuentran mejor salida que obviar el acontecimiento dentro de una convencional ficción.

El traslado de nacionalidad del texto pretende realizarse de modo equivocadamente riguroso, transformando los modismos propios en meros casticismos desfasados con regusto a pasotismo barato, que sin duda restan encanto al lenguaje original, desvirtuando el sabor localista y dejando la acción sin verdadera ubicación.

Un tímido intento, en suma, que, independientemente de los posibles resultados que pueda producir entre un determinado público amante de la buena butaca y la evasión, pasará sin aportar nada nuevo. ■ M. A. M.

## CINE

### "Jaque a la dama"

Hay malas películas que no responden, sin embargo, a un mal director, sino a pésimos guiones o a precipitaciones de producción. Es el caso de "Jaque a la dama", de Francisco Rodríguez. Sus obras anteriores, "La casa grande" y "Gusanos de se-

"Jaque a la dama", de Francisco Rodríguez.



### "Cuentos de Pasolini"

Los distribuidores y exhibidores no tienen el menor pudor en tergiversar títulos de películas, nombres de autores, fechas de realización o lo que les venga en gana con tal de conseguir que al-

da", pecaban también de esto, pero eran películas más trabajadas y, en definitiva, menos insostenibles que la que ahora se estrenaba. La pretenciosidad de aquellos títulos era más sutil. El divertimento que ofrecían, más sano. En "Jaque a la dama" se ha querido jugar a película importante, sin duda por las ambiciones de un guión escrito para ser leído antes que contemplado en imágenes. Diálogos que a lo mejor "pasaban" en texto escrito, son chirriantes oídos en una secuencia. La sucesión de relaciones y complejos de los personajes protagonistas adquieren por esos diálogos una representatividad falsa. Estamos de nuevo ante una película sobre la nada.

Francisco Rodríguez ha corrido demasiados riesgos con esta historia, no se ha atrevido a rechazar un guión y a algunos actores secundarios. Me da la impresión de que le ha importado más hacer una película cualquiera que una película que pueda tener algo que ver con él mismo y con quienes contemplamos su trabajo. Y el resultado es esta antología pedante y sin humor, grandilocuente y hueca.

Sin embargo, en "Jaque a la dama" hay algo que me produce una admiración absoluta: el trabajo profesional de Concha Velasco y Ana Belén, la primera mejor ayudada por un personaje que tiene menos ocasiones de rozar situaciones grotescas que el de su compañera. La actuación conjunta de estas dos extraordinarias actrices adquiere aún más valor cuando se supone que luchan contra un guión que no les pertenece y al que quieren infundir de alguna humanidad, de algún sentido. Lo consiguen en ocasiones —sin duda, gracias también al trabajo de dirección de Francisco Rodríguez—, aunque esos momentos no sean suficientes para justificar la existencia de este error convertido en cine. ■ DIEGO GALAN.